

BORIS CIMORRA

*Radio Moscú.  
Eusebio Cimorra, 1939-1977*

*La voz que venía del frío*

SEKOTIA

© BORIS GUTIÉRREZ CIMORRA, 2022

© EDITORIAL SEKOTIA, S.L., 2022

Primera edición: noviembre de 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA  
Editor: Humberto Pérez Tomé Román

[www.sekotia.com](http://www.sekotia.com)

[pedidos@almazaralibros.com](mailto:pedidos@almazaralibros.com) - [info@almazaralibros.com](mailto:info@almazaralibros.com)

Editorial Sekotia

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4  
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-11313-03-2

Depósito: CO-1783-2022

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A mi padre en su centenario,  
a cuyo cumplimiento no llegó por muy poco.*

NOTA DEL AUTOR .....	11
AGRADECIMIENTOS.....	13
A MODO DE PRÓLOGO: LA IDEA DEL LIBRO .....	15
PRÓLOGO, POR CESAR ALONSO DE LOS RÍOS UN PERSONAJE EN BUSCA DE AUTOR .....	19
PRELUDIO. MOSCÚ, MARZO DE 1944 .....	23
PRIMERA PARTE. LUCHAR POR LOS IDEALES.....	35
1. LOS COMIENZOS.....	37
2. LA GUERRA CIVIL.....	55
3. EL ÉXODO.....	69
SEGUNDA PARTE. CUANDO LA VOZ SE HACE UN ARMA .....	93
1. LA RADIO .....	95
2. LA GRAN GUERRA PATRIA.....	133
3. EL MICRÓFONO NUESTRO DE CADA DÍA .....	179
4. EL PARTIDO .....	227
5. RECUERDOS DEL FUTURO .....	263
6. AMIGOS DE RADIO MOSCÚ .....	283
7. NO SOLO DE LA RADIO VIVE EL HOMBRE .....	341
8. DIPLOMACIA DE LA AMISTAD.....	367
9. PRIMERAS SALIDAS MÁS ALLÁ DEL TELÓN DE ACERO.....	399
10. ESPAÑA CADA VEZ MÁS CERCA.....	427

TERCERA PARTE. VOLVER DEL FRÍO.....	437
1. EN TIERRAS ESPAÑOLAS TREINTA Y OCHO AÑOS DESPUÉS....	439
2. CON RUSIA EN EL CORAZÓN.....	453
3. EL OCASO DEL PATRIARCA .....	469
4. PADRE E HIJO .....	489
5. AL LADO DE UN GRAN HOMBRE SIEMPRE SE ENCUENTRA UNA GRAN MUJER.....	499
6. LO QUE EL ÉTER NO SE LLEVÓ .....	505
 A MODO DE EPÍLOGO. UN POCO DE FICCIÓN: EL ENCUENTRO QUE PODRÍA HABERSE CELEBRADO .....	 507
BIBLIOGRAFÍA .....	525

## *Nota del autor*

Estimado lector:

Esta edición es muy fiel a la primera publicación del libro que tuvo lugar en el año 2010. Pretendía ser un homenaje, en su centenario, al protagonista de la historia, mi padre Eusebio Cimorra. Aquella autoedición realizada con la colaboración de la editorial Ámbito (ya desaparecida) tuvo una tirada muy limitada, que se agotó enseguida casi en el entorno de familiares y amigos, sin llegar al público que pudiese estar interesado en los temas relacionados con nuestra reciente historia y en la de sus principales personajes.

*La Voz que venía del Frío* es una de estas historias de nuestro pasado no tan lejano y la de su principal protagonista, Eusebio Cimorra, que fue director del principal periódico comunista, *Mundo Obrero*, durante la Guerra Civil. Luego se exilió a la URSS, trabajó en la sede de la Kormintern al lado de líderes del PCE como José Díaz y Dolores Ibárruri. Más tarde, durante treinta y siete años, formó parte del equipo de la redacción española de Radio Moscú como locutor y director de sus programas, convirtiéndose bajo el seudónimo de Jorge Olivar, en la voz de Radio Moscú más escuchada en los hogares españoles durante el régimen franquista.

Dado el interés que había suscitado el libro en su momento, la editorial Almuzara, con su sello histórico Sekotia, ha propuesto al autor hacer una versión renovada de esta obra. Con este fin, el autor ha hecho una revisión del texto original actualizando algunas partes, dado que durante los quince años transcurridos desde que fue escrito el original

han cambiado muchas cosas, y han aparecido datos y documentos nuevos sobre algunos acontecimientos y personajes descritos en la obra, que el autor no podía conocer a la hora de escribir el libro.

Pero, a pesar de haber hecho alguna corrección, el autor ha querido conservar las opiniones que tenía cuando escribió esta obra llena de recuerdos, aunque esas opiniones puedan diferir de las que el autor tiene ahora. Así sucede, por ejemplo, al tratar la figura de Che Guevara o las elecciones «democráticas» de 1936, cuando el Frente Popular ganó fraudulentamente los comicios, como se ha demostrado muchos años más tarde.

Estoy seguro que el lector sabrá apreciar estas matizaciones que han permitido conservar la originalidad del texto escrito hace más de una década y que no ha perdido su actualidad hasta el día de hoy.

## *Agradecimientos*

Mi más profundo agradecimiento a todos los que con su aportación, por pequeña que fuese, hicieron posible que este libro saliera a la luz lo más completo posible.

Un agradecimiento muy especial a Leonard Kósichev por haberme inducido a escribirlo y a los excolegas de mi padre en Radio Moscú: Luis Ardiaca, Pilar Villasante, Adelina Kondrátieva y Ela Karajan, por las cariñosas palabras y los gratos recuerdos que han expresado sobre Eusebio Cimorra.

También un enorme agradecimiento a César Alonso de los Ríos, que me ayudó, amable y profesionalmente, a abrir el camino de este libro hasta su publicación.

Y mi agradecimiento más entrañable para mi hijo Felipe, que fue mi verdadero soporte informático a la hora de escribir todas estas páginas por medio del ordenador.

Otro agradecimiento muy especial a mi buen amigo Jesús Esteban, exdirectivo del Banco de España, por su considerable ayuda en la revisión y la actualización del texto original del libro.

## A MODO DE PRÓLOGO: LA IDEA DEL LIBRO

La idea de este libro nació en una velada conmemorativa, celebrada en Madrid en abril de 2007. Estaba dedicada al setenta y cinco aniversario del comienzo de las emisiones en castellano de Radio Moscú. Para festejarlo, vino a Madrid una delegación de La Voz de Rusia —la entonces Radio Moscú Internacional—, encabezada por el periodista Leonard Kósichev, uno de sus directivos.

Al acto conmemorativo, que tuvo lugar en un hotel madrileño, fueron invitados los oyentes de Radio Moscú en España, algunos colaboradores del entonces equipo realizador y los españoles, que desde 1975, se habían repatriado. El que también debería haber asistido a esta celebración era —así lo habían planeado los organizadores del evento— Eusebio Cimorra, el veterano periodista y locutor de Radio Moscú en lengua castellana desde 1940. Pero había muerto hacía tres meses, por ello no pudo ser el protagonista estelar de tan célebre encuentro. La medalla, Por la Aportación al Diálogo de las Culturas, que la dirección de La Voz de Rusia tenía preparada para entregársela en persona, la tuvo que recibir el hijo de Eusebio Cimorra, también antiguo colaborador de la emisora moscovita.

En conversaciones entre Leonard Kósichev y el hijo de Eusebio Cimorra surgió la idea de escribir un libro sobre el veterano y legendario periodista, basado en los recuerdos de su propio hijo, que había estado junto a su padre durante más de sesenta años, junto a fragmen-

tos de los recuerdos de otros amigos y excolaboradores de Eusebio Cimorra en Radio Moscú.

Así que, este libro que el lector ahora tiene en sus manos es la culminación de ese proyecto ideado en aquellos días. Al final, resultó ser más que un conjunto de simples recuerdos de un hijo sobre su padre. La figura singular del protagonista, el complejo y convulso tiempo que le tocó vivir, las decisiones que había que tomar y las conductas que se debían seguir han obligado al autor a ampliar el marco inicialmente pensado que se limitaba a reunir unos cuantos recuerdos hasta llegar a crear una pantalla panorámica con los sucesos y acontecimientos —la mayoría de ellos de carácter verdaderamente histórico—, sobre la cual proyectar la figura del actor principal de este relato autobiográfico. Todo ello, para que se entendiese mejor tanto la vida, como las actitudes del protagonista.

Como decía el célebre filósofo español José Ortega y Gasset: «El hombre y sus circunstancias». Pues, sobre ese hombre concreto y sus concretas circunstancias se habla en este libro.



Boris, el hijo de Eusebio Cimorra, recibe de manos de Leonard Kósichev la condecoración póstuma otorgada por la emisora rusa La Voz de Rusia a su padre, por su labor durante 37 años en Radio Moscú.

No se trata solo de un libro de recuerdos de un hijo sobre su padre famoso, sino también de reflexiones sobre los acontecimientos que ambos vivieron juntos y del relato de sucesos relevantes y contradictorios de los que ambos fueron testigos.

En ningún caso el libro pretende ser un testimonio documental y preciso de todo lo que se describe. Son recuerdos, testimonios, valoraciones, investigaciones y conclusiones muy personales del propio autor. Aunque, ¿cómo podría ser de otra manera?, se han estudiado los documentos, se han comprobado las fechas, se han identificado los nombres, se han analizado los acontecimientos. Todo esto no excluye algún que otro error o equivocación involuntaria, por las que el autor se disculpa de antemano ante quienes los descubran.

El libro también incluye los comentarios y recuerdos que el principal protagonista había confiado al autor, y que este ha intentado reproducir con toda la precisión posible, lo que convierte este libro en unas «memorias sobre la memoria».

PRÓLOGO<sup>1</sup>,  
POR CESAR ALONSO DE LOS RÍOS  
UN PERSONAJE EN BUSCA DE AUTOR

Autor y editor me han pedido las palabras de presentación de este texto, escrito por Boris en memoria de su padre. Lo hago de muy buena gana. Por Eusebio, por Boris y también para que el editor pueda contar con el testimonio de alguien que, como yo, interpreta este libro como un hecho ejemplar.

¿Por qué ejemplar? Boris, nacido en Moscú, hijo del que fue director de *Mundo Obrero* durante una parte de la guerra civil española y, a partir de los años cuarenta, la voz familiar de Moscú para millones de hispanoamericanos, ha hecho con este texto un ejercicio que considero modélico. Ha sabido mantener la suficiente distancia no solo para describir con respeto la personalidad política y moral de su padre, sino para dar a entender también su propia distancia respecto a los hechos que han caracterizado la historia de la URSS. Pero con ello no terminarían las dificultades si no fuera porque, a su vez, la evolución de Eusebio Cimorra no iba a dejar dudas respecto a la distancia que ha existido entre los valores que le llevaron a su inicial compromiso político, y los métodos y el resultado final del sistema que por entonces constituyó el modelo de sociedad. Recordemos los debates a partir de la polémica planteada por Fernando de los Ríos en España y por

---

1 Este prólogo fue escrito en 2010 para una edición limitada.

André Gide en Europa y América, como se reflejaría en el Congreso de Intelectuales en Valencia, en 1937.

Por todo ello titulo este texto con el recuerdo de Pirandello. Eusebio Cimorra ha tenido suerte de encontrar en Boris «su» autor y «el» autor. No podía imaginar, por otra parte, que el ingeniero aeronáutico, que posteriormente iba a convertirse en alto ejecutivo de la banca, pudiera llevar un trabajo como el de reconstruir su vida con tanta sutileza y amor a la verdad.

El personaje, que yo conocí a la vuelta de su exilio, tuvo que ver sobre todo con el escritor que hubiera podido ser si la locura política que arrastró a España entera no se hubiera llevado también por delante la vocación literaria de aquel. ¿Habría sido novelista, dramaturgo, cronista del mundo cultural? En las colaboraciones que hizo para *La Calle* y *El Independiente* pudo demostrar la eficacia de su escritura: su fuerza descriptiva y la limpieza de su sintaxis iban unidas al sentido del humor y a la carga de melancolía que sin duda le venían de la experiencia del exilio.

El hecho de que ya en el exilio la responsabilidad de *Mundo Obrero* pasara a un dirigente del PCE, como Mije, indica que él había sido un sustituto eventual de Jesús Hernández en la dirección del diario. Así que ya en el exilio pudo encontrar su destino en el mundo relacionado con la comunicación y la escritura, en este caso, hablada. Obviamente sus compañeros habituales iban a ser las gentes más próximas al mundo de lo que se ha llamado tradicionalmente «las artes y las letras». Gracias a él pude hacerme una idea sobre algunos de nuestros escritores. Así, de César M. Arconada, palentino como yo (de Astudillo en su caso), autor de novelas sociales como *Los pobres contra los ricos*, crítico musical y jefe de redacción de *La Gaceta Literaria* con Giménez Caballero. O del madrileño Alberto Sánchez, jefe de filas del vanguardismo en la escultura, el autor de *La mujer que sigue a una estrella...*

Al rescatar al mundo del exilio cultural Eusebio sabía poner en su sitio a ciertas gentes. Bastaba una anécdota para recordar el pasado estalinista de Fernando Claudín. Pero inmediatamente sacudía el aire ante su rostro como quien trata de espantar con las manos los recuerdos del pasado como si se trataran de avispas...

Cimorra ha sido uno de esos casos en los que termina demostrán-

dose la fortaleza del espíritu frente a la violencia de la historia. El proceso comienza con una estampa muy propia de la época. Adolescente, casi niño, puede contemplar desde el balcón de su casa la carrera y el griterío de personas, sin duda manifestantes, perseguidas por la policía, los disparos después, los aullidos lejanos y, finalmente, el silencio. Se había echado la noche sobre el Madrid barojiano de *La busca* y se había encendido la llama de la conciencia en el interior de Cimorra. ¿Elemental? Definitivo, cuando se tiene una moral. A la experiencia iban a seguir panfletos, ensayos y análisis... El fantasma que venía recorriendo Europa desde hacía casi un siglo. El compromiso con el PCE. La caída del caballo de un chico de clase media, privilegiada para la época. El sentido de culpa recogido por un partido de base obrerista en una España desgarrada, como la Europa de sus tiempos, entre fascismos y comunismos. Más literario que intelectual, me lo explicó Cimorra con una parábola referida a Jesús Hernández, su mentor político. Este le había confesado en una ocasión que cuando, por razones de oficio, se dedicaba a reparar los antiguos carruajes de época soñaba con subir a ellos algún día como usuario. «Mi aspiración —le contestó Cimorra— es abandonarlos».

Para Cimorra lo más singular del proceso republicano español fue el vértigo. Un sentido del tiempo que iba a ser radicalmente distinto durante el exilio. En un caso pasaba todo (lo que no debía pasar) y en otro no pasaba nada (de lo que debía pasar). La lección que nos explica Norbert Elias en su ensayo sobre el tiempo es que no es la gravedad de los hechos lo que impide la reflexión sobre ellos, sino la condición misma del tiempo en su versión de vértigo. La calidad del tiempo, de su naturaleza. Interesado por esta cuestión, he podido comprobar que en ello coinciden Tovar y Ridruejo con Max Aub o Ayala. Cimorra tuvo la sensación de haber sido arrebatado por los hechos a partir de su compromiso político y posteriormente iba a ser determinante la inconmensurabilidad que se concede a las causas...

En la vida de Cimorra hubo un hecho que él iba a considerar estar tanto desde el punto de vista personal como político. Al menos esta es la interpretación de Boris y no tanto a partir de textos históricos, sino de los testimonios que le llegaron por su propio padre. Me refiero a la suerte política de Jesús Hernández. A su expulsión del PCE,

él que había sido uno de los cuatro o cinco principales dirigentes del Partido Comunista y ministro de Educación en guerra, a los veintinueve años. ¿Fue liquidado por haber conseguido escapar de la URSS a México desde donde podría tomar más fácilmente decisiones sobre su vuelta a España y el control del Partido en el caso de una derrota de Hitler? La palabra es de Boris.

CÉSAR ALONSO DE LOS RÍOS

## PRELUDIO

# MOSCÚ, MARZO DE 1944

Marzo en Moscú es uno de los meses más cambiantes. Hay días soleados y templados, pero de repente las temperaturas pueden caer por debajo del cero y hasta empezar a nevar. Hay un refrán ruso que dice: «En el mes de marzo mucho calzo». Aquel día a mediados de marzo de 1944 era más bien soleado, anunciando una pronta primavera. Después de varios años seguidos con inviernos muy crudos, este día de sol y de un calor tímido anunciaba a los moscovitas una tregua de la naturaleza. La gente iba por las calles, moviendo sus pálidos rostros hacia el brillante foco celestial, que les agraciaba con un leve y agradable calorcito. Algunos se atrevían a desabrochar sus largos abrigos de invierno o quitarse los abultados gorros, llevándolos en sus manos ya sin guantes. Ninguno de los transeúntes parecía tener prisa. Algunos incluso disminuían la marcha para quedarse más tiempo expuestos a aquella agradable radiación solar que, después de un largo letargo invernal, despertaba en el cuerpo los deseos y la alegría de la vida que resucitaba de las blancas y gélidas cenizas del invierno.

Una limusina de color negro, con la matrícula de la Embajada de México en Moscú, avanzaba vigorosamente por la céntrica calle Gorki, sorteando los semáforos que abrían y cerraban el paso más bien a los peatones que a los coches. En Moscú aquel año, todavía en guerra, prácticamente no había tráfico. Los pocos coches que circulaban eran oficiales, algunos militares, y el resto, autobuses, trolebuses y tranvías que constituían el lento e irregular transporte público moscovita. La limu-

sina negra muy pronto llegó a su destino. El chofer con su impecable uniforme salió del vehículo con un gran ramo de flores en la mano. Encontrar flores en Moscú, en marzo y en plena guerra, no era tarea fácil, pero las misiones diplomáticas tenían recursos especiales. El chofer se acercó a la puerta principal del edificio, frente al que había aparcado su coche. Enseguida, salió una mujer joven que sujetaba cuidadosamente entre sus manos un «objeto» alargado, envuelto en una manta y con una pequeña sábana para cubrir la parte superior del envoltorio. Le acompañaban dos mujeres con batas blancas, una era la jefa del departamento de partos y la otra una enfermera, ambas de la casa de maternidad del muy céntrico distrito de Arbát. El chofer entregó el ramo de flores a la joven madre, ayudándole a bajar la escalera del portal y sujetar el ingenioso envoltorio que escondía un niño recién nacido, que estaba durmiendo una larga siesta en la improvisada «cunita» formada por los brazos y las manos de su madre. El chofer ayudó a la madre a entrar en el coche, cerró la puerta con cuidado —para no despertar a la criatura— y arrancó suavemente, dirigiéndose de nuevo hacia la calle Gorki.

Pero su ruta no pasaba por la embajada mexicana. El coche bajó la calle Gorki hacia la plaza de Manézh y la muralla del Kremlin, giró a la izquierda al final de la calle, justo al lado del hotel Nacional y, pasando entre el edificio del Gosplan (Ministerio de Planificación Estatal) y el hotel Moscva (Moscú), giró levemente a la derecha, donde la Casa de los Sindicatos, y, dejando a su izquierda el teatro Bolshoi (el principal teatro de ópera y ballet del país), avanzó unos doscientos metros y se detuvo enfrente del hotel Metropol.

Un ujier, con gorra de oficial del ejército del zar, salió apresuradamente por la puerta giratoria del hotel, abrió la puerta del coche antes de que lo pudiera hacer el chofer, ayudó a la dama con el niño y el gran ramo de flores a salir del coche y la acompañó hacia la entrada del hotel y, ya dentro, la siguió hasta el ascensor. «¡Enhorabuena, doña Eva y felicidades!».

En el ascensor otro ujier cogió la estafeta y pulsó el botón del cuarto piso. Al salir la dama con el niño del ascensor, la camarera de guardia, sentada en una mesa justo enfrente del ascensor, salió como una flecha a su encuentro: «Doña Eva, permítame que le ayude». Recogió el ramo de flores y acompañó a la mujer hasta la habitación cuatrocien-

tos ochenta y tres para abrirle la puerta. Echó una ojeada al interior del bulto que la madre no dejaba de sujetar y exclamó: «¡Qué monada! La felicito. Es una copia de su padre. A propósito, su marido todavía no ha venido».

Por fin, la camarera salió de la habitación. La madre puso cuidadosamente al niño en la verdadera cunita, al lado de la cama de la alcoba, diciéndole muy cariñosamente: «Pues, hijo, ya estamos en casita».

El padre de la criatura en aquellos momentos estaba sentado ante el micrófono en un hermético estudio de Radio Moscú. Era redactor, locutor, autor y presentador de los programas que la emisora estatal soviética emitía en castellano para España y los países de América Latina. Hoy estaba de muy buen humor. Había varias razones para ello. Un día alegre y soleado. Todas las noticias que traían los teletipos eran buenas. El último parte citaba las nuevas conquistas del Ejército Rojo en su imparable avance hacia las fronteras alemanas, liberando, batalla tras batalla, el territorio soviético, invadido por las tropas nazis al comienzo de la Gran Guerra Patria. Los soldados soviéticos se acercaban cada vez más a las fronteras de los países que el ejército alemán había conquistado al principio de la Segunda Guerra Mundial. La victoria total sobre la Alemania fascista se aproximaba cada vez más. Quizá faltaba un año, ¡no más!, para que cayeran Hitler y todos sus aliados, entre ellos, el general Franco. Eso significaba que él, Eusebio Cimorra, periodista de Radio Moscú, exiliado en la Unión Soviética después de la derrota de la república en la Guerra Civil, podría volver a España, como miles y miles de españoles republicanos, dispersos por toda la geografía del exilio mundial. Esta era ya su quinta primavera y, con suerte, la sexta a lo mejor podría pasarla de nuevo en una España liberada del franquismo, democrática y republicana, apoyada por todas las potencias democráticas, vencedoras en esta última y más cruel guerra mundial.

Y también hoy Eusebio Cimorra tenía otra magnífica noticia, más personal: su hijo, recién nacido, regresaba con su madre a casa, al hotel Metropol, y el padre estaba impaciente por ver al pequeño. No había podido acudir a la maternidad para recoger a la madre y al hijito, pero llamó al amigo Quintanillas, el embajador mexicano en Moscú, para pedirle el favor de que mandase un coche de la embajada para llevar a

Eva y al niño al hotel. El embajador accedió, sin dudarle, a esta petición. Eusebio le preguntó si había alguna noticia desde México de su común amigo, Jesús Hernández, que ya hacía varios meses desde que se había marchado a México por asuntos del Partido y prometió informarle de cómo le iban las cosas. El embajador le dijo que no, que las comunicaciones, estando medio mundo en guerra, no eran fáciles, y por tanto, solo quedaba armarse de paciencia y esperar.

### CIUDAD DE MÉXICO, MARZO DE 1944

En la ciudad de México el tráfico era mucho más intenso que en Moscú. Aquel año, el mes de marzo estaba siendo más caluroso de lo habitual, era impropio de principios de primavera y anunciaba la llegada del abrasador verano mexicano. Pero aquellos días de marzo, lo que le hacía sudar a Jesús Hernández no era el clima mexicano, sino la frenética actividad que estaba desarrollando entre la cúpula del Partido Comunista de España, exiliada en la capital mexicana, así como dentro del círculo de la emigración española en aquel país, entre otros con los altos dirigentes de los partidos republicanos que formaban el Gobierno del Frente Popular, del que también formaba parte el propio Jesús Hernández.

Había ido a la capital mexicana desde Moscú con un plan de remodelación de la cúpula directiva del Partido: el Buró Político y la secretaría general, esta última desocupada desde la muerte, en 1942, de su secretario general, José Díaz. El plan pretendía reforzar la parte ejecutiva, nombrando un nuevo secretario general, activo, con ideas nuevas, dispuesto a viajar desde México a Europa, donde residían, en la clandestinidad, los cuadros directivos del Partido, todos ellos a la espera del final de la contienda mundial. Había que despertar al Partido del letargo en el que se había quedado sometido tras los largos años que iban transcurriendo en la Segunda Guerra Mundial. Había que prepararse para un pronto regreso a España una vez cayera Hitler y, tras él, el general Franco— para retomar el poder, arrebatado al Gobierno republicano por los generales sublevados. Jesús Hernández, mientras tanto, se dedicaría a tender puentes y discutir futuros pactos de gobierno con

los líderes de los partidos republicanos, algunos eran antiguos compañeros suyos en el Gobierno del Frente Popular, y la mayoría de ellos residentes en México.

Su plan, en grandes líneas, había sido consultado y aprobado por los altos dirigentes del Partido Comunista de la URSS, el máximo tutor del PCE desde los tiempos del Frente Popular y durante la Guerra Civil, y ahora, en la emigración, la dependencia era todavía mayor. ¿Acaso podía la URSS estar en contra de que, en un futuro Gobierno de España, el Partido Comunista Español, fiel y dócil «hermano menor» de su Gran Hermano, el PCUS, jugara un papel destacado, incluso más que antes de la Guerra Civil, para poder así dirigir y manipular al futuro gobierno, como siempre se había hecho desde Moscú? No, Stalin jamás perdería tal oportunidad. Y, aunque a Jesús Hernández, que tenía sus propias opiniones e ideas respecto a la futura gobernabilidad de España, no le entusiasmara mucho esta dependencia «fraternal», en ese momento, le importaba más que al «hermanastro» le gustara el plan y que no pusiera obstáculos a su ejecución.

Los dirigentes del PCE y la mayoría de los miembros del Buró Político, en un principio, estaban de acuerdo con el plan, pero cuando llegó el momento de formalizarlo, de comprometerse y votarlo en las reuniones correspondientes, casi todos, menos Enrique Castro, de siempre fiel amigo y seguidor de Jesús Hernández, empezaron a dar marcha atrás inesperadamente. ¿Qué estaba pasando? Algo olía a traición. Además, tenía que ser a muy alto nivel y no sin la participación de Moscú. Por ello, aquellos días de marzo de 1944, Jesús Hernández intentaba quemar los últimos cartuchos para convencer a aquellos camaradas que, sorprendentemente, se habían puesto en contra de él y de su plan.

El niño que en Moscú viajaba en el coche del embajador mexicano, amigo de Jesús Hernández, desde la maternidad hacia el hotel Metropol, conocería los detalles de esta historia tan oscura al cabo de muchos años y de la boca de su propio padre, durante una velada en la casa —¡qué coincidencia!— de una funcionaria de la Embajada de México en Moscú. Al niño, hecho ya hombre, le fascinaría la figura de Jesús Hernández, que tanto había influido en la vida y en el destino de su padre. Y cuando el hijo decidió escribir un libro sobre su padre —que el

lector tiene ahora en sus manos—, le dedicaría a Jesús Hernández unas cuantas páginas, resultado de su propia investigación, en un intento de aclarar algunos puntos oscuros de lo que realmente pudo haber sucedido en México, ofreciendo así una visión personal de los hechos que entonces ocurrieron. Probablemente, nunca podrá conocerse toda la verdad, ya que en el tinglado estuvieron implicadas personas ocultas y muy poderosas que sabían guardar sus secretos hasta la tumba, así como borrar para siempre todas las huellas comprometedoras.

### AQUEL MISMO DÍA EN MOSCÚ

Al fin, Eusebio Cimorra pudo salir de la radio e irse a casa. Era ya bastante tarde. El horario de la radio era así, muy contrario al de la vida habitual de la gente corriente. Abrió suavemente la puerta de la habitación y entró. Eva, despierta, le estaba esperando. Eusebio la abrazó y enseguida se aproximó a la cuna. «Es muy guapo. Se parece a ti, Evita». Se agachó, y el primer beso paterno selló la sedosa mejilla del bebé.

—¿Cómo le llamaremos? —preguntó el padre.

—Yo he pensado en Boris, sería un buen nombre. Además, ha nacido la misma noche en la que habíamos visto la ópera *Boris Godunóv* en el Bolshoi —propuso la madre.

—Sí, me gusta el nombre. Lo de la ópera debe ser una señal divina. Pues, será Boris Gutiérrez Cimorra. No está nada mal. Y, si se dedica a escribir, firmará simplemente Cimorra, Boris Cimorra, como yo y mi hermano Clemente —concluyó el padre.

La música rusa, hay que reconocerlo, estaba trayendo suerte a la pareja. Se conocieron durante la función de *El lago de los cisnes* de Chaikovski. Músorgski influyó tan emocionantemente en el nacimiento del hijo. «Y ¿qué ocurrirá con Prokófiev, por ejemplo? Bueno, la vida está por delante y ya lo veremos» —pensó medio en broma el padre, descorchando la botella de champán soviético que había traído de la radio para celebrar el nacimiento del pequeño príncipe Boris.

## EL HOTEL METROPOL

El hotel Metropol, donde todo esto ocurría, era uno de los hoteles más emblemáticos de Moscú y de toda Europa cuando fue construido, al principio del siglo pasado. Sava Ivánovich Mámontov, el famoso magnate y mecenas ruso del siglo XIX, quiso construir, a finales de los noventa del siglo XIX, un hotel que se convirtiera en una de las curiosidades de Moscú, no solo como hotel propiamente dicho, sino también como obra arquitectónica por el diseño, la decoración, y la ingeniería. Por tanto, para su construcción fueron traídos los mejores arquitectos, pintores y diseñadores de la época. Pintores rusos de fama universal, como Vrúbel, Polénov, o Koróvin, hacían esbozos y bocetos de la decoración interior y exterior. Se utilizaron los mejores materiales y la ingeniería más avanzada en la construcción de un grandioso edificio de seis plantas, de estilo «moderno», con una cúpula acristalada de mosaico multicolor, que cubría el techo de la sala del restaurante principal, diseñado como un gran patio interior.

Los acabados, tanto interiores como exteriores, eran de colores vivos y alegres, al estilo italiano, para darle al edificio un llamativo contraste con el fondo gris y de poca luz propia de Moscú la mayor parte del año. Dentro predominaban los colores rojo y oro. Las paredes de la sala principal estaban cubiertas por enormes espejos de cristal veneciano que, reflejando la luz de las grandes lámparas colgadas y de pie, llenaban el recinto de una impresionante luminosidad. La cubetería de plata, las vajillas de la mejor porcelana de la Fábrica Imperial de San Petersburgo, la cristalería veneciana y bohemia, todos estos detalles hacían del Metropol un hotel de lujo exquisito, de diseño único y con una decoración pictórica fuera de serie.

En el hotel se hospedaban personas ilustres y famosos de todo tipo, tanto nacionales como extranjeros, que visitaban Moscú: nobleza, aristócratas, miembros de las familias reales europeas, políticos, artistas, banqueros, comerciantes e industriales. En la gran sala del restaurante principal del hotel se celebraban bodas de los famosos, banquetes conmemorativos, convenciones, actos culturales y teatrales, conciertos y veladas literarias. El I Torneo Internacional de Ajedrez que tuvo lugar en Moscú, en noviembre-diciembre de 1925, en el cual participa-

ron el entonces campeón del mundo, el cubano José Raúl Capablanca, y el excampeón, Emanuel Lasker, se celebró en esta preciosa e importante sala del hotel Metropol.

Desde la Revolución Bolchevique de octubre de 1917, el contingente de visitantes y residentes del hotel había cambiado drásticamente. Pero seguían siendo personas importantes y destacadas del momento: altos cargos del partido bolchevique y de la nomenclatura del poder del proletariado, la aristocracia roja —como les llamaban en el pueblo—, comisarios, ministros y altos cargos militares. Más tarde aparecieron los diplomáticos, miembros destacados de los partidos comunistas extranjeros, y literatos y artistas que apoyaban el régimen comunista. También establecían su sede las representaciones de las grandes compañías aéreas extranjeras, los bancos, y algunas empresas internacionales que hacían grandes negocios con el régimen soviético. En fin, el hotel tiene una solera y una historia fascinante. En los pasillos se pueden ver las fotos y los cuadros de los famosos que vivían y se hospedaban en el hotel, una verdadera galería de celebridades de todo el mundo.

Por lo tanto, para Cimorra había sido una suerte que Radio Moscú, donde trabajaba, le consiguiera una residencia permanente en este lujoso —incluso en los momentos más difíciles que vivió el país en el convulso y guerrero siglo XX— y emblemático hotel moscovita, encargándose el Comité de Radiodifusión de los costes de esta residencia. Y, aunque no fuera más que una habitación, con baño incluido, vivir en un sitio como este, cuando la mayoría de la población vivía en los pisos comunales, compartiendo varias familias un mismo baño y una misma cocina, vivir en un hotel de esta categoría, en pleno centro de Moscú y a pocos metros de la plaza Roja, era un verdadero lujo y una suerte loca.

En este hotel di mis primeros pasos, rodeado del cariño y las atenciones del personal, descubriendo, desde pequeño, la belleza y la armonía que reinaban en este mundo, que entonces era mi mundo. Hasta que cumplí los siete años, y el mundo empezó a cambiar frenéticamente para mí.

Hasta entonces, mi padre, Eusebio Cimorra, salía cada día del hotel Metropol y se dirigía a la radio. El edificio de Radio Moscú entonces estaba situado muy cerca del hotel, así que mi padre llegaba muy pronto a su lugar de trabajo, incluso a veces, cuando hacía buen tiempo y no tenía mucha prisa, iba andando. Me daba un besito y se iba a la radio, día tras día: un besito y a la radio.



Cimorra con su mujer, Eva, e hijo pequeño Boris.



En esta habitación de hoy vivían Cimorra y Eva en el hotel Metropol de Moscú, en los años 40, cuando nació su hijo Boris.



El hotel Metropol en la actualidad, fachada principal.



La sala principal del hotel Metropol.



Los Cimorra aficionados a la ópera y el ballet.

# PRIMERA PARTE

## LUCHAR POR LOS IDEALES

*«Hemos nacido para convertir el cuento en realidad...»*

*(Una popular canción soviética)*

Y ¿cómo empezó todo? ¿Cómo el comunista y periodista español Eusebio Cimorra se encontró en Moscú, se acogió al frío, dejando atrás su calurosa patria, España?

# 1. LOS COMIENZOS

## RAÍCES

Eusebio Cimorra, un madrileño castizo, procedía de una familia acomodada, de la alta sociedad. Una familia con raíces aristocráticas (el árbol genealógico desciende de la rama del conde de Orgaz, inmortalizado en un famoso cuadro de El Greco, en el cual está plasmado precisamente el momento del entierro del famoso conde toledano). Para la biografía de un comunista, tales orígenes son algo poco habitual y hasta irónico. Pero, como veremos en las páginas de este libro, toda su vida estuvo llena de episodios atípicos, acontecimientos inéditos y posturas extraordinarias.

El joven Eusebio había recibido muy buena educación. En la familia se apreciaba la cultura: la literatura, el arte, el teatro y los valores cristianos. Pero él no se hizo muy religioso. No le apasionaba una vida mejor en el cielo. Él pensaba que la buena vida debe acompañar al hombre también en la tierra. Sin embargo, muchos valores cristianos los asumió perfectamente: no robarás, no matarás, no mentirás y muchos otros «no lo harás» para no perjudicar al próximo y no hacer daño a nadie. Y siguió estas normas «religiosamente» —nunca mejor dicho— tanto en su vida profesional y social, como en la privada.

Viviendo en el seno de una familia rica, no le faltaba de nada. Pero veía qué tipo de vida llevaban las clases más bajas, rodeadas de miseria e injusticia social. Y desde su posición de clase acomodada sentía compasión hacia los más pobres y desfavorecidos. Consideraba desde

muy joven (la juventud es inocente y siempre rebelde) que aquello no era correcto, no era humano. Según él, algo fallaba en la sociedad, en el sistema, en el poder. No debía existir semejante abismo entre unos, muy ricos, y los otros, muy pobres. No era ni cristiano. Y así fue como empezó a interesarse por los libros marxistas, las ideas comunistas. Cuanto más se adentraba en el tema, más veía las ideas socialistas y el modelo de la sociedad comunista como las verdaderas claves para resolver las injusticias sociales, la desigualdad entre la gente. Una forma de estado donde todos pudiesen tener oportunidades para trabajar, estudiar, vivir dignamente. Sin ricos ni pobres. Como proclamaba el famoso eslogan marxista: «De cada uno, según sus posibilidades, a cada uno, según su trabajo». Los comunistas «rizaron» más todavía este eslogan: «De cada uno, según sus posibilidades, a cada uno, según sus necesidades». ¡Qué maravilla!

Pues, para un joven abogado (profesional de la justicia), al que le gustaba leer y formar sus horizontes con buenos libros, todo esto le venía muy al cuento, encajando perfectamente con las dudas que tenía sobre la vida y la sociedad que le rodeaba. «¡De cada uno, según sus posibilidades, a cada uno, según sus necesidades!»; este tipo de sociedad le parecía lo justo al joven abogado idealista.

## LA VOCACIÓN DE ESCRIBIR

Pero el incipiente jurista también tenía otra vocación: le fascinaba la escritura, el periodismo, el fabuloso mundo de las letras. Y, dejando poco a poco el derecho, se sumergió en el universo periodístico de la prensa madrileña de finales de los años veinte y principios de los treinta (del siglo pasado), buscando en él su propio sitio, su protagonismo personal, su «firma», su reconocimiento público, su verdadera profesión y su estrella del éxito.

Al principio, le gustaba escribir sobre teatro y literatura (fue crítico literario y teatral en algunos periódicos), sobre toros —la afición que tuvo toda su vida— (fue un reconocido crítico taurino en otros periódicos). Frecuentaba círculos literarios y artísticos donde conocía tanto a los viejos maestros literarios, entre ellos a Rafael Cansinos

Assens, como a las jóvenes promesas ascendentes de aquellos días: Lorca, Buñuel, Alberti, Picasso, y a muchos otros más, entonces no tan famosos, pero figuras de gran talento y, lo que le impresionó mucho al periodista Eusebio Cimorra, fue que la mayoría eran de ideas izquierdistas, socialistas y hasta comunistas.

Pues bien, en aquel ambiente tertuliano y «cafeteril» se forjaban las plumas literarias y periodísticas de la época, afilándose en arduas discusiones y disputas sobre los temas y acontecimientos que más interesaban e inquietaban a la sociedad española del momento.

Así cuenta nuestro personaje sus primeras experiencias en esta palestra:

### CON RAFAEL CANSINOS ASSENS

Es un tiempo en el que mi iniciación revolucionaria se compaginaba con las costumbres de señorito de una casa burguesa, costumbres que ligaban bien con las de un “bohemiaje” entre literario y decadente. Aún frecuentaba la tertulia sabatina del café Colonial en la que ponía cátedra Rafael Cansinos Assens, don Rafael como le llamábamos por la diferencia de edad y la distancia de magisterio literario.

Hacia años ya que el padre del ultraísmo español había abandonado la criatura y los ambientes, también cafeteriles, en que se discutía el invento y a los que, a veces, acudía, soñoliento y lúcido, el poeta argentino Jorge Luis Borges.

—Argentina es una colonia inglesa, poblada por italianos que hablan horriblemente el español—definía Cansinos con el regocijo general de la tertulia.

Por ese entonces, Cansinos hacía la crítica literaria del diario *La Libertad* por la que le pagaban, semanalmente, treinta y siete pesetas y cincuenta céntimos. Tan exacta cantidad era, por lo visto, el fruto de un paciente regateo del que salió victorioso el tesón semítico del escritor que pedía ocho duros, mientras la empresa ofrecía siete; esas 2,50 diferenciales sellaron el compromiso. Un dinero del que Cansinos apartaba para su solaz una peseta diaria que se dividía entre sesión filmica en el cine Carretas. Cansinos solía decidirse por el invento de Lumière, lo cual le costaba la peseta íntegra, porque ese era el precio de la butaca

de sesión continua.

Entonces, uno podía encontrarse pasadas las diez de la noche a don Rafael paseando por la calle de Alcalá, precisamente por la acera del Colonial.

—Qué, don Rafael, ¿dando un paseo?

—Pues sí, hace una noche magnífica y apetece respirar el aire libre.

A lo mejor era en pleno diciembre y hacía un frío guadarra-meño que estaba limpiando la calle de transeúntes, pero ya sabía que la causa de que Cansinos suavizara el clima matritense era que había invertido su única peseta en el entretenimiento cinematográfico y no le quedaba un céntimo para el café.

—Bueno, don Rafael, ya es tarde. Lo mejor será meterse en el café, ¿no le parece?

El café estaba al lado, tentador de luces resplandecientes, dejando ver sus acogedores divanes rojos, sus mesas risueñas de cristales, las sombras apresuradas de los camareros, el humo anunciador de la charla y la polémica. Y nosotros allí, mirando al interior, detenidos junto a uno de los ventanales que rozaban la calle.

—No, hoy no me apetece, aunque sea sábado. Estuve en el cine y me encuentro algo cansado.

—Vamos, don Rafael, que no se diga. Le invito yo, hágame el favor de aceptármelo.

Don Rafael ladeaba la cabeza grande, se quedaba mirando con un guiño cómplice y zumbón, y accedía:

—Bueno, si se pone usted así....

## CON GARCÍA LORCA

En el café situado en la calle de Alcalá, casi esquina a Príncipe de Vergara, donde está ahora el cine Tívoli, conocí a Federico García Lorca. No es que el poeta tuviera allí su tertulia. Aparte de que los muchachos —entonces muchachos— de la generación del 21 —entonces aún de generación nada— no eran muy aficionados a la conversa de rincón cafeteril, el café aquel de Príncipe de Vergara tenía poco de intelectual. La verdad es que no sé, o no recuerdo muy bien, qué hacía un poeta como Lorca en un lu-

gar como aquel. Quizá es que le pillaba cerca de su casa de Alcalá esquina a Goya. Su cita tertuliana solía ser en La Ballena Alegre, uno de esos inventos ambientales surrealistas para la discusión del disparate y la extravagancia al estilo de El Pez Que Fuma y otros establecimientos de nombres más o menos absurdos destinados a epatar al burgués.

Yo intenté sacarle eso que, en el acto a la vista de un famoso se le ocurre al periodista: unas declaraciones. Y hablamos de La Barraca, el carro de la farándula que andaba por los caminos de las ferias y montaba en las plazas de soportales y pilón el tinglado para los titeres de carne y hueso que se cruzaban tiradas de Lope y Calderón ante el público silencioso de panes y refajos.

—Es algo estremecedor —decía Lorca— cuando un campesino te comenta refiriéndose a los versos de Lope que acaba de oír: «Qué bien se expresa».

Como al presentarnos, el amigo común le había dicho que yo era de *Mundo Obrero*, Lorca, identificando comunismo con sovietismo (en lo que no iba nada descaminado), me dijo:

—Es una pena que aquí no conozcamos nada del nuevo teatro ruso. Hasta Mayakovski es para nosotros el gran desconocido. Claro, la traducción de un poeta como él debe ser muy difícil.

—Juan Ramón decía que un poeta que traducido no pierde nada es que no tiene nada que perder. Y te diré algo, Federico: contra lo que generalmente se cree, Mayakovski no tiene un solo poema en lo que aquí llamamos verso libre, Mayakovski rima siempre.

—Pues no, no lo sabía —confesó Lorca—. ¿Y de su destino, el destino de un poeta que se hizo cantando a la revolución y que se mata cuando esa revolución se ha hecho realidad, qué sabemos? ¿Fue el amor, la infidelidad, el desencanto lo que cargó su pistola? ¿Un suicidio romántico como el de Larra? ¿Tú que piensas?

Uno no pensaba nada, uno sabía entonces muy poco, uno intentaba adivinar algo. Poco más que vaguedades fue lo que allí, en un café madrileño, ya casi en vísperas de la Guerra Civil, ya casi al pie del barranco de Viznar, se dijo acerca de Mayakovski, de su vida y de su muerte, entre un periodista madrileño y Federico García Lorca.

El joven periodista Eusebio Cimorra, a quien la mayoría de sus amigos y colegas muy a menudo llamaban simplemente por el apellido —Cimorra—, resultaba muy imaginativo y emprendedor. Con sus veintipocos años ya colaboraba en el periódico *Mundo* que en los años veintiocho-treinta (preagónicos de la dictadura del general Primo de Rivera) seguía una línea más o menos republicana, que más que un modo ideológico se había hecho una moda política.

## EL DIARIO *PUEBLO* Y LA AGENCIA EDIM

En 1934 Cimorra entró en la redacción del diario *Pueblo* —tenía veintiséis años— que era entonces una tapadera «legal» del periódico del Partido Comunista, ya que *Mundo Obrero*, el órgano oficial del Partido, estaba en aquel tiempo prohibido por el Gobierno. Según la confesión del recién incorporado colaborador del diario procomunista: «Lo de comunismo, entonces, era para nosotros más que una palabra, que un sistema de gobierno, que una ideología. Tenía la atracción de su extremismo, de su diferencia, de su misterio. Y de su realidad. Una realidad palpitante en las novelas de la Revolución de Octubre de 1917 en la inmensa Rusia, en las películas de los cineclubs: *Octubre*, *El acorazado Potiomkin*, *La madre*, *La línea general*, etc. Y si me incorporé a la redacción de *Pueblo* más bien fue por lo que de aventura presentidamente revolucionaria tenía el periódico».

Al mismo tiempo, para abarcar más periódicos y ediciones informativas, Cimorra montó con un amigo suyo la ingeniosa agencia de noticias EDIM. Él lo cuenta:

*¿Y qué era aquella más bien fantástica agencia de prensa? Un invento a medias con Méndez Pablo que no tenía más gastos que los del papel, el multcopista y los impresos, porque el local y la máquina de escribir se encontraban en mi domicilio paterno. EDIM era una de esas agencias que facilitaban colaboraciones literarias —la misma para cada abonado en las diferentes ciudades de la geografía nacional—, con una diferencia esencialísima: que las colaboraciones se las inventaba o las imitaba yo mismo, con lo que se ahorraban los honorarios del autor. En la lista de las «exclu-*

sivas» de EDIM figuraban las firmas internacionales más conocidas, y algunas desconocidas por inexistentes, como las de los corresponsales en las principales capitales del mundo. Allí, en la Underwood del despacho familiar, lo mismo se fabricaba un artículo de André Maurois o de Romain Rolland, que de John Dos Pasos o Emil Ludwig o Iliá Erenburg; reportajes sensacionales como el incendio del Reichstag o la represión de Dolfus en Austria, pasando por las entrevistas a famosos del área nacional —esas sí, auténticas— y de ámbito mundial. En ello ayudaba un semanario francés *LU* (Leído) que, como su nombre indica, resumía los más notorios sucesos internacionales. Por tan notable colaboración, consistente en unos envíos semanales, el abonado pagaba la no excesiva cantidad de cincuenta pesetas al mes. La suma de los veinte que tenía EDIM, desde *Las Noticias* de Barcelona a *La Voz de Soria*, daban las mil mensuales a repartir entre Méndez Pablo y yo. ¿Si no se daban cuenta los periódicos de la falsificación? Pues no. A lo mejor es que la imitación estaba bien hecha. Quizá también sería que los conocimientos literarios de los directores de la prensa española de provincias no eran demasiado profundos ni extensos. Claro, todo esto padecía el inconveniente de tenerme marginado de la gran prensa de Madrid, si se exceptúa alguna colaboración en *Estampa* o *Informaciones*, todavía *Informaciones* de Juan Pujol, o en *Heraldo de Madrid*, el *Heraldo* de Pontdevila. Pero en el mundo, más bien mezquino y ramplón del periodismo celtíbero de la época, la independencia económica que me daba EDIM no estaba nada mal.

Pero la entrada en el periódico *Pueblo* resultó crucial para Eusebio Cimorra, porque allí se encontró con Jesús Hernández, que se convertiría en una figura clave en la trayectoria profesional y en la vida del «prerrevolucionario» periodista. Este encuentro «providencial» tuvo lugar en marzo de 1935.

Aquella tarde —recuerda Cimorra— cuando me presenté en *Pueblo*, me sorprendí de que en el despacho del director estaba un muchacho, poco mayor aparentemente que yo: una fisonomía — las gruesas gafas desmesurando unos ojos quizá algo estrábicos,

la cara angulosa, las largas patillas— que me pareció conocida. Sí, claro, era Jesús Hernández, un nombre que en los medios comunistas sonaba ya con fama de gran propagandista, casi de intelectual. Hernández me miraba sonriente y me tendía un papel:

—Mira, te lo has cargado. (El papel era un oficio del gobierno civil comunicando la suspensión indefinida de *Pueblo* por la publicación de materiales ofensivos para la moral pública y las buenas costumbres, etc.). Oye, pero no te apures. Esos reportajes tuyos sobre las noches de Madrid eran estupendos y han sido el pretexto para suspendernos el periódico que les jodía por razones políticas...

—Pero eso es una cabronada.

—Desde luego: una cabronada que nos ha salvado, porque nosotros no sabíamos ya cómo sostener el periódico y nos veíamos obligados a cerrarlo, y ahora el Gobierno nos ahorra el trabajo y nosotros tan dignos, gritando que no hay libertad de prensa y todo eso. Mira, Eusebio, me gusta mucho como escribes. Si te parece, vamos a tomar una caña al bar de al lado. Quiero charlar contigo.

## EL BAUTIZO COMUNISTA

La charla fue larga y parecía más bien un monólogo: casi todo el tiempo hablaba Hernández. Cimirra apenas podía replicar ante el emocionante ataque argumental del joven, pero ya destacado líder comunista.

—Eusebio, tienes que dejar este periodismo bohemio y estéril, diría yo, que estás practicando. Te invito a trabajar con nosotros, con el Partido, en la comisión de *agitprop*. Eso es entrar en el Partido por la puerta grande. ¿Tú sabes lo que es eso?

No, uno no lo sabía exactamente. Pero le hacía ilusión codearse con comunistas notables, con aquellos hombres templados en el fuego revolucionario, desafiantes a las leyes y a la policía burguesa, portadores de hachas, todavía escondidas, que derribarían palacios de invierno, porque el régimen capitalista se tambaleaba y no había más que hacer como los rusos, como los bolcheviques, darle el empujón definitivo.

—Es nuestra central de propaganda. Tú tienes una excelente pluma, tus ideas son muy próximas a las nuestras. Lo veo por lo que escribías

para *Pueblo*. También sé que como jurista trabajas en los juzgados mixtos, creados por nuestros compañeros sindicalistas para defender a la clase obrera, a la clase humilde, injustamente explotada y con sus derechos de ciudadanos vergonzosamente pisoteados. Tienes que dedicarte al periodismo combativo, de clase, a luchar con la palabra contra todas esas injusticias que nos rodean. Explicar a la gente, a las clases oprimidas, a los parias de esta tierra, que solo luchando contra los explotadores se puede cambiar el sistema, el gobierno, la vida misma, tan cruel y miserable para la mayoría. Tú no sabes lo que es vivir en la miseria, en la pobreza, pasando hambre y viendo cómo otros, los ricachones, viven del lujo y de la perversión adinerada.

—Lo veo perfectamente y estoy en contra de todas estas injusticias y del sistema que las provoca, aunque personalmente no provenga de las clases oprimidas...

—Pero yo sí lo he vivido. Desde muy pequeño. Desde chiquillo obligado a trabajar para ayudar a la familia, haciendo de recadero a los nueve años, trabajando en un taller a los catorce, ganando lo que los ricos gastaban en las propinas. Y me preguntaba: ¿por qué esto es así? ¿Por qué tanta diferencia social? ¿Por qué unos viven tan bien y otros tan mal? ¿Cómo cambiarlo, si es posible cambiarlo? ¿Cómo salir de esta miseria y llegar a vivir bien, como viven estos ricos? ¿En qué soy peor que ellos? Y me juré a mí mismo que haría todo lo posible para demostrar que no soy peor que ellos, incluso que soy mejor. Y luego encontré las respuestas a mis preguntas en el marxismo, en las ideas comunistas, que me hicieron ver con toda la claridad que sí hay una salida a estas injusticias sociales. He descubierto el mecanismo del enriquecimiento de las clases explotadoras, que la injusticia y la desigualdad ya forman una parte esencial del sistema económico capitalista. Y que para cambiar el sistema han de luchar los explotados contra los explotadores. Lo que llama el marxismo la lucha de clases. Solo así se puede conseguir cambiar la sociedad, el sistema de trabajo y de reparto de las riquezas, haciéndolos más equitativos, más justos. Y ¿cómo hacerlo en la práctica?, nos lo ha enseñado la Revolución rusa y la construcción del sistema socialista en la Unión Soviética. Pero también nos enseña que para vencer tenemos que unirnos, todas las fuerzas de izquierdas. Por separado no conseguimos nada. Cada dedo suelto golpea poco, pero hechos un puño, muchísimo. ¡Y fuerte, hasta el *knock out*! Yo, que tanto

he peleado con los socialistas por sus incoherencias políticas y pequeñas traiciones, ahora entiendo que hay que luchar todos juntos, intentando superar las diferencias, que al final no son fundamentales. En lo principal, en lo general, tenemos el mismo objetivo: acabar con la brutal explotación de unos por los otros y construir una sociedad justa, libre y de igualdad para todos. Pues, precisamente a ello se dedica la *agitprop*. A difundir todas estas ideas entre la clase trabajadora, obreros, campesinos, mineros, etc. Tenemos que despertar a las clases oprimidas, darles la esperanza y demostrarles que los cambios son posibles. Como puedes imaginar, no muchos de estos trabajadores, algunos — bastantes, diría yo— analfabetos, han podido leer a Marx o a Lenin. Y nuestra tarea es hacerles llegar estas ideas, explicarlas y ayudarles a organizarse para la «lucha final». Por ello necesitamos a periodistas de primera, como tú, y a los que compartan nuestras ideas, que también es tu caso. Aunque provengas de la clase burguesa a la que precisamente queremos dar batalla. Pero, justo por ello, te aprecio y te respeto más todavía. Porque has podido bajar de las alturas sociales para ayudar a los que se encuentran muy abajo. Esto demuestra tu calidad humana y tu honradez como persona.

Necesitamos, precisamente, ese tipo de gente. La que proviene de la clase «enemiga», pero que se une a nosotros con las mejores intenciones y ganas de luchar por una sociedad más justa y civilizada. Lo malo es que todavía hay muy pocas personas como tú. Así que, ¡bienvenido, Eusebio, al club de los parias! Juntos conseguiremos cambiar este país. «¡Quien no era nadie lo será todo!», es como cantan los soviéticos su versión de *La Internacional*.

Se veía que Hernández no en vano tenía dentro del partido fama de gran propagandista. Sí que sabía convencer y apasionar con sus ideas. Más aún, todo este monólogo, creado en valores cristianos, se parecía bastante a un sermón litúrgico o a la introducción en la fe, la «nueva» fe. Un grado de solemnidad se sentía en la pausa surgida al final del monólogo. Algo sonaba a bíblico: «ayudar a los pobres», «somos iguales», «repartir riquezas»... De todas formas, al decir Cimorra «sí» a la invitación de Hernández, en lugar del «amén», significaba que había sido bautizado para entrar por la puerta grande en el Partido Comunista de España. Así, el señorito pequeño burgués, casi de san-

gre azul aristocrática, entró en la hermandad de los camaradas de pura sangre roja proletaria. Además, entró de la mano de uno de los más importantes dirigentes del PCE de entonces. Casos como este no se producen cada día y no se olvidan tampoco. ¡Para bien y para mal!

—«De aquella charla, salió mi enganche comunista, precisamente —y eso era lo mejor— cuando el Partido se encontraba en la más absoluta ilegalidad» —me confesó un día mi padre, cuando hablábamos de sus comienzos comunistas.

Y también desde aquella charla-monólogo los destinos de Eusebio Cimorra y Jesús Hernández quedarían muy unidos, prácticamente inseparables hasta el final de la Guerra Civil. Veámoslo.

## JESÚS HERNÁNDEZ, UN REVOLUCIONARIO PROFESIONAL

Hay que decirlo, para sus entonces veintiocho años Jesús Hernández ya tenía un currículum más bien impresionante. Su historial podría ser un perfecto guion para una película de acción.

Procedía de una familia humilde. Tuvo que empezar a trabajar, siendo todavía un niño. Tenía seis años. Era un líder nato. La pobreza y la vida de obrero machacado le convirtieron en comunista, en un verdadero revolucionario, un incansable luchador por la justicia social, por los cambios en el régimen español hacia un reparto más equitativo de las riquezas del país, hacia un sistema político donde la clase trabajadora pudiera tener más voz y más votos.

Empezó esta lucha revolucionaria a la edad de catorce años, o sea, en 1920, cuando ingresó como militante en las Juventudes Socialistas de Vizcaya, que fue la primera agrupación del Partido Comunista. Era un tipo romántico, idealista, un hombre de acción, decidido, atrevido, audaz. En 1923, al no secundar los socialistas del diario *El Liberal* la huelga general en Bilbao, convocada por los comunistas, se fue con sus compañeros del Partido a la redacción del periódico y se liaron con ellos a tiros, como un último argumento persuasivo. Fue detenido, juzgado y encarcelado. Hay un dato muy significativo en la biografía de este auténtico revolucionario: de los siete años que duró la dictadura

del general Primo de Rivera, Hernández pasó unos cinco en la cárcel. Con veinte años ya fue designado miembro del Comité Central del Partido Comunista. ¡Una carrera política espectacular!

En agosto de 1931 fue convocada una huelga en Vizcaya y se repitieron los enfrentamientos entre comunistas y socialistas, y otra vez terminaron a tiros, esta vez hubo muertos. Hernández, que había sido uno de los protagonistas más activos de estos choques armados, tuvo que esconderse. El Partido logró sacarle del país y enviarle ni más ni menos que a la Unión Soviética. Allí asistió a un cursillo de formación de cuadros comunistas y regresó a España en el 32. Formó parte de la dirección del Partido, dedicándose a las tareas de agitación y propaganda. Hizo una carrera meteórica dentro del Partido. A finales del 33, junto con Dolores Ibárruri, participó en las sesiones del XIII Pleno del Comité Ejecutivo de la Kormintern, y a mediados del 35 participó en el VII Congreso de la Internacional Comunista en Moscú, con José Díaz a la cabeza de la delegación española y él como su segundo.

A comienzos de 1936, el Partido le encargó la dirección de *Mundo Obrero* y él tomó una parte muy activa en la campaña electoral tanto desde las páginas del periódico como con sus intervenciones en los mítines —era un magnífico orador, apasionaba, encendía a las masas—. En febrero del 36 el Frente Popular fue declarado ganador de las elecciones y Jesús fue elegido diputado.

Y durante la Guerra Civil, formó parte de los gabinetes de Largo Caballero y Negrín entre septiembre del 36 y abril del 38. Fue nombrado ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes —era el nombre completo de la cartera—. Fue muy imaginativo e hizo mucho en el campo cultural y educativo desde este ministerio. Fue Jesús Hernández quien, como ministro, decretó la evacuación de todos los cuadros y las esculturas del Museo del Prado, dentro del plan de protección del patrimonio artístico nacional, poniéndolo a salvo de las bombas durante la Guerra Civil. También nombró a Picasso director del Museo del Prado. (Rafael Alberti, en una de sus obras, describe, con una imaginación y fantasía propias de él, este proceso de traslado de los tesoros pictóricos del Museo del Prado).

En abril de 1938, en plena Guerra Civil, el Partido Comunista, por razones tácticas del momento, decidió retirar a uno de sus dos minis-

tros —concretamente a Jesús Hernández— del segundo gobierno de Negrín, nombrándole comisario general del Grupo de Ejércitos del frente Centro-Sur. Desde este puesto tan «combativo» —nunca mejor dicho— y a tono con su carácter, Jesús Hernández se dedicó a levantar la moral de los soldados, siendo un ferviente defensor de la línea de resistencia a ultranza, en contra de la opinión de algunos consejeros —representantes de la Kormintern en España, como Togliatti, con quien llegó a enfrentarse de una manera brusca—, que consideraban que la guerra ya estaba perdida y toda la resistencia era inútil.

Al final, cuando la victoria franquista ya era inevitable y prácticamente inminente, fue encargado, junto con otros miembros de la dirección, de organizar el pase del Partido a la clandestinidad. Fue uno de los últimos dirigentes comunistas en abandonar España en marzo del 39. Y ocurrió como en las buenas películas: escapó en uno de los aviones que había logrado despegar de la pista de la escuela de vuelo de Murcia, cuando las tropas franquistas ya estaban entrando en la ciudad. Después de exiliarse en Argelia, en Orán, pasó por París, y por fin acabó en Moscú. Donde nuevamente se encontró con su amigo Cimorra. Ya lo veremos más adelante.

## EL PERIODISMO COMBATIVO

Este es el personaje con quien Cimorra empezó a trabajar en marzo de 1935 en la comisión de *agitprop*, participando en las labores propagandísticas de la comisión, y más tarde en el reaparecido *Mundo Obrero* con Jesús Hernández de director, centrándose muy a fondo en la campaña electoral del Frente Popular. Durante la campaña, Cimorra conoció personalmente a Dolores Ibárruri y a otros altos dirigentes del Partido Comunista, incluido José Díaz, el secretario general. Los artículos y las crónicas políticas que publicaba Cimorra eran muy elogiados por la dirección. *Mundo Obrero* se convirtió para Cimorra en una auténtica escuela y praxis del periodismo combativo, de clase, de lucha y de la máxima expresión de sus propios ideales comunistas.

Y, ¿cómo vio Cimorra a *Mundo Obrero* cuando entró en su redacción? Él lo relata así:

## MUNDO OBRERO

La redacción de *Mundo Obrero* estaba en el número veinte de la calle de Galileo. Ocupaba el primero de una corriente y mesocrática casa de vecinos.

—Salud a todos.

Y todos, las ocho o quizá diez personas que rodeaban la larga y también ancha mesa, levantaron la cabeza para mirarme.

—Salud —fue la natural contestación unánime.

De una puerta lateral —luego supe que daba al despacho del director— salió Navarro Ballesteros.

—¿No conocéis a Eusebio? Es el camarada Cimorra, un periodista del Partido. Ven, siéntate aquí, ¿te parece?

Me pareció. Ya sentado, mis nuevos compañeros fueron identificándose.

A Enrique Castro, más bien pequeño, fuerte, con un mechón gris que no correspondía, evidentemente a su edad, y una mala leche más verbal que gráfica, lo conocía ya. A Mariano Perla, siempre el más joven de nuestra juventud, también. Y a César Falcón, alguna gota de sangre india atezándole la piel y blanqueándole hasta la cal la sonrisa tras los labios morados. Los nuevos para mí eran Sebastián Zapiraín, un vasco que, como todos los vascos, presumía de serlo, con toda una historia de lucha ya, que se multiplicaría hasta ser historia. Ochoa, Vega, Sendú y quién más, quién más? ¡Ah, claro, Enrique Sánchez, el gran Sánchez, el mágico Sánchez, el rey del optimismo y de la imaginación, encargado de la composición del periódico! Se decía que el título, *Mundo Obrero*, se le había ocurrido a él.

Durante la guerra —desempeñaba no sé qué cargo en intendencia— inventó, para entonces, las más inesperadas conservas, incluida la paella. Decían que un día propuso injertar cipreses en los espárragos. Después de la guerra, lo fusiló Franco.

El periódico salía por la tarde, al anochecer, que era hora más propicia para vocearlo por la calle, sobre todo a la puerta de bares y tabernas por Cuatro Caminos, Pacífico, Progreso, Embajadores, con un pase por Sol y la Gran Vía. No eran más que cuatro páginas, a veces seis, con el *Mundo Obrero* en caligrafía como manuscrita. Entre el «mundo» y el «obrero» el abrazo del

martillo y la hoz. Y la leyenda apeladora a un lado: «Proletarios de todos los países, uníos».

Yo hacía allí comentarios políticos —los llamábamos sueltos— agresivos y triunfalistas, como debía ser. Lo compaginaba con la crítica teatral, porque el teatro había sido siempre una tentación literaria para mí. Que consumó en una versión escénica de *La virgen de dieciocho quilates*, de Pitigrilli con el título *Usted no es el primero*. Había prometido estrenarla en septiembre Benito Cebrián, un septiembre que, ya se sabe —entonces no lo sabíamos— nunca llegó.

Me olvidaba de Puyol. Puyol era el dibujante. Un muchacho de aire entristecido que se sentaba ante una pequeña mesa, junto al balcón. Allí hacía sus caricaturas de burgueses desmesurados, que embocaban un puro como un cañón, y proletarios de bíceps atléticos y ciclópeos puños crispados. Aunque era más bien una imagen, claro, optimista y simbólica de la robustez obrera. También colaboraba con sus dibujos Garrán, abohemiado y corrosivo, enfundado en un largo gabán —él lo llamaba «*macferland*»— evidentemente inadecuado para su talla. Garrán presumía de saber inglés, lo cual, a juicio de Falcón, que sí lo sabía, era casi cierto. Lo que nunca se averiguó es cómo, dónde y porqué este ejemplar, entre Maguer y Baroja, había aprendido la lengua de Pickwick, con el que también tenía alguna semejanza vestuaria.

La redacción tenía un aire antiguo, a pesar de la juventud de la mayoría de nosotros y del tono renovador de lo que en ella se escribía. Los periódicos que teníamos para consultar estaban agarrados a unos palos y resultaba molestísimo leerlos. Ese empalamiento de la prensa era una precaución ante el temor de que los redactores se llevasen los periódicos a su casa.

—Es una cabronada —protestaba Castro—. Así no se puede leer. ¿Y quién coño se iba a llevar esta mierda?

—No, si tienes razón —le intentaba calmar Navarro.

Pero los periódicos, mientras estuvimos en Galileo, no se desprendieron de sus palos jamás.

A media mañana aparecía Jesús Hernández que se encerraba inmediatamente en la habitación contigua: el despacho del director. Navarro salía y entraba del despacho directorial y nos encargaba el tema de algún trabajo.

El notición del día —coincidía con la noticia de la muerte de Valle Inclán— no era, ni podía ser, la muerte de un escritor por grande que fuera: la noticia era el decreto de disolución de las Cortes y convocatoria de elecciones generales. Ahí había que echar toda la carne de la propaganda en nuestro asador periódico.

—Todo va a consistir en la unidad de la izquierda —topiqueaba Castro.

—El Frente Popular —retrucaba Perla— es una inspiración soviética, el VII Congreso de la Internacional Comunista y eso puede escamar a los no comunistas.

—Pero es que en la presente situación política —dogmatizaba y no sin razón Navarro— ni los socialistas ni los republicanos ni ninguna fuerza política o sindical de izquierdas pueden prescindir de nosotros.

—Ni nosotros de ellos.

—De acuerdo. Por eso la consigna de Frente Popular es una táctica y hasta estrategia nuestra para la alianza de todas las fuerzas de democracia y progreso.

—¿Y qué vamos a jugar nosotros en eso? Porque numéricamente, no vamos a engañarnos... —discutía Castro.

—Aparte de que estamos creciendo constantemente —explicaba Navarro—, eso del número, en política, es muy relativo.

—¡Joder con relativo! Ya verás cuántos diputados sacamos.

—Relativo en cuanto a organización, a captación movilizadora entre la clase obrera y la juventud cada vez más radicalizada, más cerca de nosotros. Incluso, en el ala izquierda del Partido Socialista... Eso no me lo negaréis.

No se lo negamos. Porque eso no podía negarlo nadie.

En la nueva situación, en la expansividad del Partido hacía diversos sectores de la sociedad, en la campaña por el viraje a la izquierda estaba claro que a *Mundo Obrero*, como principal tribuna de expresión del Partido, le correspondía un papel de primer orden. Yo me sentía contento, incluso orgulloso de trabajar en un medio de comunicación tan responsable y radical. Ciertamente, el periódico había moderado su tono, cerrado la caja de los truenos amenazadores y abierto las ventanas esperanzadoras.

—Lo dijo Lenin, cada país emprenderá el camino del socialis-

mo en condiciones distintas y hará su revolución... —empezó a decir Navarro.

—Las revoluciones no se hacen —le cortó Falcón que sabía de marxismo y de leninismo más que todo el buró político junto—, se organizan. También lo dijo Lenin. Pero lo que está empezando en España, la revolución española, a mí me gusta llamar así al cambio político, tiene características muy peculiares: las de la no violencia, las de organizarse en alianza con fuerzas cuya meta no es, ni mucho menos, la revolución socialista.

—O sea, los Kerenski del barrio —chanceó Castro.

—Tampoco es eso. La historia no se repite y las revoluciones tampoco —precisó Falcón.

—Bueno —metí baza en la discusión, ya enviado todo el original para la imprenta—, la historia, como dijo Marx, que ha dicho tantas cosas, cuando se repite es en forma de farsa. Y en la revolución española, vamos a ver si tomamos el Palacio de Invierno por las buenas, es decir, desde dentro, diseminándonos por las habitaciones, apoderándonos poco a poco de ellas, hasta hacernos con las llaves. Ahora, el pase para entrar hay que sacarlo de las urnas.

Pero aparecía Enrique Sánchez: «¡Coño, que me faltan veinte líneas!», y se terminaba la discusión.

—Pon el anuncio de los condones —proponía Castro.

—El de tu padre —se enfadaba Sánchez—. A ver, no os marchéis, que me faltan esas líneas.

Pero todos se dirigían ya a la puerta, seguros de que Sánchez se sacaría esas líneas de algún sitio.

—¡Repíte el de la convocatoria del mitin socialista! —le gritó desde la escalera Navarro.

Y Castro dictaminó:

—Eso es peor que el de los condones.